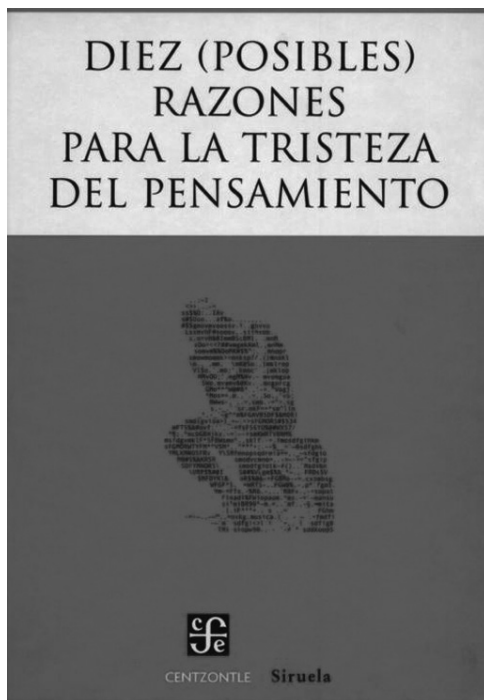




**DIEZ (POSIBLES) RAZONES
PARA LA TRISTEZA
DEL PENSAMIENTO**

Ramiro Ceballos



Steiner, George

Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento.

Trad. de María Condor. México. FCE, 2007. 83p.

Ramiro Ceballos: Magister en Filosofía de la Universidad de Antioquia, año 2000,
Docente de la universidad de Pamplona, Facultad de Artes y Humanidades.

Correo electrónico: ramirocem@yahoo.es

Fecha de recepción: junio 17 de 2009
Fecha de aceptación: septiembre 25 de 2009

Publicado originalmente en el año 2005 (**Ten (Possible) Reasons for Sadness of Thought**), este escrito breve se propone responder un interrogante perenne: ¿Por qué el pensamiento humano no es alegría? Su autor parte de una declaración de Schelling que sirve de epígrafe al libro y contiene un conjunto de afirmaciones de cierta cripticidad dialéctica. En todo caso, Steiner extrae de ellas una lección unívoca alineable en la serie innúmera de veredictos y sentencias que, desde el Eclesiastés por lo menos, revolotean en torno a la desgracia humana de ser conscientes, a esa pesadumbre de advertir el mundo en registros irreductibles al presunto contemplar pacificado de las bestias, esa suerte de regalo envenenado que nos legó la “gloria” de dominar a las demás especies al precio de no poder reconciliarnos con lo real y vivir la vida en perpetuo exilio.

Diez son las razones por las cuales el pensamiento humano habría de ser triste o sobrellevar una constante *Schwermut*, pesadumbre. La **primera** y quizá también la decisiva razón queda precisamente expuesta en esta frase (p. 18): “Nunca sabremos hasta dónde llega el pensamiento en relación con el conjunto de la realidad”. Podemos abarcarlo todo con el pensamiento, al punto que si algo se postulara más allá, en términos absolutos, tal cosa no tendría sentido alguno. Es una especie de postulado vacío. Al mismo tiempo, sin embargo, nada de cuanto pensamos, que en principio es todo, nos proporciona por el hecho de pensarlo ninguna garantía de certeza. Podemos pensarlo todo pero nada podemos determinar con el solo pensamiento. Esta condición intrínseca es por sí misma una aporía esencial constitutiva de nuestra condición. Somos como Moisés: vivimos avistando las fuentes de Canaán...pero sabedores de que no beberemos nunca en ellas.

La **segunda razón** proviene del hecho de que el proceso del pensamiento está constantemente sometido a interferencias. Elementos internos y externos interrumpen, desvían, confunden y alteran su desarrollo lineal. Este desarrollo lineal, en su expresión como concentración productiva original y creadora, constituye casi una excepción que le es conferida sólo a algunos pocos privilegiados, por periodos cortos y a un altísimo precio en términos de gasto de energía y exposición a riesgos. Se ha dicho incluso que el divagar polimorfo del pensamiento rutinario y común es una necesidad, un mecanismo protector del sistema neurológico por el que guiamos nuestras vidas, como quien dice, a ras de tierra. Así pues, el pensamiento es una empresa chapucera y de aficionados, otra causa de tristeza, pues el rendimiento lineal concentrado y creador es un anhelo que sólo se cumple a veces y a unos costos extremadamente altos.

Tercera razón. Por el pensar nos singularizamos de un modo especial. Nuestro pensamiento es de una privacidad e insobornabilidad tales que de allí deriva nuestra esencia como únicos, aunque también la virtualidad del fingimiento y la doblez constitutivas de la conducta humana. Pero este momento de absoluta intimidad es común millones de veces, es una trivialidad. La explicación para esta

paradoja es que el lenguaje nos fuerza a adoptar la matriz vigente de constricciones que cercan la subjetividad y permiten la comunicación y la transmisión de las tradiciones. El lenguaje, por tanto, hace democrática la intimidad. La verdadera originalidad es entonces un logro raro y en las humanidades casi que se reduce a la invención de formas más que de contenidos. Pensar es desde luego algo muy nuestro, muy íntimo, pero también algo común, manido y repetitivo. Esta contradicción irresoluble contribuye a su tristeza esencial.

La **cuarta razón** proviene de que el pensamiento no puede acceder a la verdad evidente e incontrovertible al tiempo que existe el anhelo perpetuo de todas sus empresas, desde las doctrinas religiosas y los sistemas metafísicos hasta las ciencias, de alcanzar ese punto arquimediano de invulnerabilidad y certidumbre para sus enunciados. Mas, la verdad sólo se deja conquistar como tautología (en la lógica y las matemáticas); todo lo demás es provisional y sometido a las múltiples interferencias de nuestra psique y del tiempo. Con todo, la mayor de las interferencias a las que está sometido el pensamiento es la del lenguaje. Existe la presunción de que quizá el pensamiento, purgado de todas las contingencias que genera el lenguaje, pudiera alcanzar la realidad. Pero un pensar puramente lógico sería también locura. En cambio, lo que tenemos es la antinomia constante entre las pretensiones de autonomía del lenguaje y su consecuente tendencia a liberarse de la referencia y la razón y, por otra parte, el ideal de verdad, puro y desinteresado, pero imposible para nosotros, prisioneros de una herramienta lineal, imperfecta.

Quinta razón. El pensar es un proceso despilfarrador. Esto es, los procesos mentales son fenómenos difusos, abundantes y sin objeto aparente. Toda esa enorme cantidad de energía se desvanece sin ser registrada o aprovechada. El pensador importante, el creador, es aquel que capta una idea y aprovecha al máximo su potencial. Pero la inmensa mayoría de la gente, aunque pueda concebir grandes ideas, las desaprovecha. ¿Por qué no podemos condensar (en el sentido de almacenar su potencia) ese voltaje que producimos a diario de pensamientos que podrían ser grandiosos? Esta generación derrochadora es injustificable; sobre todo frente al hecho de que el déficit presunto de pensamiento fuerte, creador, original, está también más allá de todo cálculo.

La distancia nunca cubierta entre lo imaginado y su manifestación lingüística nos provee una **sexta razón** para la tristeza del pensamiento. Ese hiato, dice Steiner, es una manifestación de la separación más general que hallamos entre pensamiento y acción. Sabemos que hay una relación entre pensamientos y consecuencias existenciales, pero la cadena generativa nos es desconocida. Sentimientos, intuiciones e iluminaciones, explica el autor, se apiñan en el borde interior del lenguaje pero no pueden penetrar para culminar en expresión explícita. Incluso el pensamiento más calculado toma forma lingüística sólo de manera imperfecta. Obra de arte y proyectos en general transan con lo ideal como ficción necesaria.

Todos nuestros planes y sueños llevan el sello de la decepción; están esencialmente por debajo de su realización posible. Tal vez si nuestros procesos mentales fueran menos apremiantes su no realización nos decepcionara menos. Pero la realidad es que entre lo concebido y su necesariamente trunca realización se establece un divorcio que sólo podemos soportar a base de esperanza.

La **séptima razón** de tristeza proviene de la constatación epistémica de que el pensamiento vela tanto como revela. Su perenne ubicuidad es el sello de nuestra residencia en el mundo. Pero también somos conscientes de los límites de nuestra aprehensión, pues ninguna realidad nos es dada sino en el medio constituido por nuestro pensar, medio del cual nunca podemos garantizar que refleje de modo apropiado el mundo al que se enfrenta. Las dos epistemologías que se disputan la explicación de nuestra manera de conocer (el realismo y el convencionalismo) coinciden en que nuestra subjetividad se interpone entre el mundo y su aprehensión o percepción inmediatas. Nuestra experiencia, dice el autor, es siempre filtrada, no adánica y la idea de una expulsión del edén se traduce en términos metafísicos como caída en el pensamiento. La tristeza perenne es entonces la sospecha de fondo de que quizá nuestro intelecto y nuestra ciencia sean artífices muy sofisticados de esquemas y teorías cuya verosimilitud no las despoja del todo de su esencia ficticia.

La misma opacidad que nos vela el mundo nos impide saber aquello que el otro está pensando. Esto nos debería provocar terror. De allí las relaciones inciertas y trágicas entre el pensamiento y el amor: los humanos más cercanos, los amantes, siguen siendo extraños y el acto del amor es también el del actor. Todos nos somos ajenos de manera esencial y así vivimos intentando traducirnos unos a otros. Donde más transparente se torna el pensamiento es en el miedo, la risa y, sobre todo, en el odio. Así que del propio pensamiento deviene que seamos extraños y hasta el propio amor es “negociación nunca concluyente entre soledades”. Es la **octava razón** de tristeza.

Novena razón. Estrictamente hablando todos somos pensadores, pues la capacidad de tener pensamientos es universal. Pero grandes pensamientos, sólo poseen algunos, los “alfabetizados cerebrales”. Señalar todo como pensamiento, darle una misma significación, quizá sea borrar demagógicamente la diferencia evidente entre banalidades y gran pensamiento. Ahora bien, una cultura se define por el grado de extensión de la incorporación de estos grandes pensamientos a los valores y prácticas comunes. Aquí, sin embargo, hallamos que tales pensamientos están ausentes en la escolarización y en el clima de reconocimiento general; más bien son obstaculizados y hasta destruidos por la negación dogmática e ideológica. La verdad está así en el exilio y además de rechazada es muchas veces perseguida. Es posible enseñar hasta cierto punto a acceder a ella, pero no a la creatividad ni al genio. Sobre estas facultades no se extiende el principio igualitario, democrático;

reina en este ámbito una gran injusticia y este desequilibrio entre creatividad, gran pensamiento y los ideales de la justicia social se mantiene como causa constante de tristeza.

La **última razón** hunde sus raíces en esta constatación: si no somos indiferentes al problema del sentido, lo cual nos remite a la dimensión existencial de nuestra identidad, entonces también tendremos que interrogar acerca del ser, la muerte y la relación de ambas dimensiones con la presencia o ausencia de Dios. Esto es lo que nos hace humanos en un sentido fundamental. Pero también aquí el pensamiento nos deja en la más completa perplejidad. Los intentos por pensar y resolver estos enigmas de la existencia han jalonado la historia de la humanidad en todos los frentes de la cultura, no sólo en el aspecto religioso. Abstenerse de afrontar tales enigmas es casi una denegación de nuestra dignidad como humanos. Pero, por inspirados que sean estos intentos, no podemos esperar ninguna prueba. Es cierto que nuestro pensamiento nos eleva por encima de los demás seres, en especial por cuanto nos enfrenta con los enigmas supremos acerca del ser, la muerte y Dios; pero igualmente nos deja convertidos en enigmas para nosotros y para la “enormidad del mundo”.

Todas las clasificaciones son arbitrarias y estas diez razones entristecedoras lo son también sin duda. Jorge Wagensberg, por ejemplo, señaló la continuidad y práctica identidad entre la séptima y la décima (Wagensberg, 2007, p. 71). Es decir, que nuestra irresolución epistemológica, la imposibilidad de un acceso no mediado a las cosas, (razón séptima), es la condición general, de la cual es apenas una aplicación concreta nuestra incapacidad de resolver la incertidumbre que se extiende en grado superlativo a aquellos que son los objetos más ariscos del universo mental: Dios, el ser y la muerte. Pero es claro que estas dos razones se unen a la primera, que describe la condición básica de nuestro pensamiento, o sea, que todo pensar es representativo y por tanto no puede reducir la brecha ontológica que se abre entre él y la realidad trascendente a la que apunta sin agotarse nunca.

Podríamos extendernos en consideraciones semejantes y hallar motivos de discrepancia con la lista de Steiner. Pero preferimos un comentario de fondo sobre aquello que entendemos como una contrariedad de superficie: resulta ciertamente polémico sostener que el pensamiento es triste cuando nos resulta claro que también es cosa gozosa. La clave para disipar esta aparente contradicción está en las mismas dichas palabras de cuya fragilidad y esquividad se queja con lírica razón el autor. En efecto, Steiner no niega el goce intelectual derivado de los procesos de pensamiento creativo e incluso de todo comprender y de todo entender, por humildes que sean. Este gozo, sin embargo, es un acompañante sensible que surge como resultado de la superación esforzada de un obstáculo. A ello se refieren, creo, las palabras de Schelling según las cuales la tristeza “Nunca llega a la realidad, sino que sólo sirve a la perdurable alegría de la superación” (Steiner, 2007, epígrafe).

En este mismo sentido puede entenderse la idea de Freud para quien el pensamiento habría surgido exclusivamente del sufrimiento bajo la forma de agonía del principio de placer. La agonía es un estado de continuidad de una pena que, aun siendo mortal, no termina de caer en la muerte, no oscurece por cesación el devenir del goce. Tanto Freud como Schelling, y con ellos Steiner, coinciden en que el pensamiento es gozo, por más que sostengan a su vez que un fondo de tristeza o sufrimiento se establece como bruma insuperable al fondo.

Sin embargo, esta situación puede interpretarse de dos modos diferentes. A la manera reduccionista de cierto naturalismo hoy triunfante se entendería el dolor y la angustia como una necesidad evolutiva general, condición indispensable para enfrentarnos con eficacia al mundo exterior. Los teóricos evolucionistas invocan incluso el nacimiento de la conciencia a partir de los choques inevitables de las membranas vivas con las rugosidades del mundo. Si el pensamiento fuera puro placer, al igual que si el goce sexual no fuera intermitente y breve, no es siquiera imaginable nuestra supervivencia. De modo que la sabia naturaleza ha hecho de la sobriedad (y del dolor) la norma, y de la euforia la excepción (Cfr. Harris, 1999, p.159). Pero la cuestión puede entenderse de otro modo, precisamente a la manera de Steiner, es decir, apostando por la idea clásica de que en el pensar los humanos tenemos una especie de clave invertida, una cifra, que diría Jaspers, de lo absoluto. Con respecto a dicho absoluto no sufrimos como quien deja de gozar sino como quien es abatido de nostalgia.

Kafka dijo también lo suyo sobre este particular en ese retrato impresionante de nuestra condición nostálgica al que llamó *Un mensaje imperial*. En él se describen los irredimibles obstáculos para que nos sea entregado un mensaje que nos ha enviado a nosotros, a cada uno en solitario, nuestro emperador moribundo, aunque cada uno somos también el último de los súbditos del imperio. Y, a pesar de lo monumentales y monstruosas que resultan tales dificultades (una alegoría terrorífica de lo humanamente imposible) cada uno de nosotros imaginamos ese mensaje imperial, recostados sobre la ventana cuando cae la noche. Steiner ha recreado, no importa si formalmente bien o no, este conjunto de peripecias frente a las cuales rebotan nuestros deseos de imaginar el contenido de ese mensaje que nos envía el emperador. En cualquier caso, seguro no vendrá escrito en el lenguaje terrenal desde el cual suspiramos con nostalgia cada vez que pensamos Φ

REFERENCIAS

Harris, Marvin (1999), *Nuestra especie*, Madrid, Alianza editorial.

Steiner, George (2007), *Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento*. Traducción de María Cándor, México, F.C.E.

Wagensberg, Jorge (2007), *El gozo intelectual*, Barcelona, Tusquets.